



CEU

*Universidad
San Pablo*

Facultad de Humanidades y
Ciencias de la Comunicación

Dante y las Humanidades

Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña

Catedrático de Historia Medieval
Universidad CEU San Pablo

Festividad de San Isidoro de Sevilla y San Francisco de Sales
Abril de 2025



CEU | *Ediciones*

Dante y las Humanidades

Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña

Catedrático de Historia Medieval

Universidad CEU San Pablo

Festividad de San Isidoro de Sevilla y San Francisco de Sales

Abril de 2025

**Facultad de Humanidades y
Ciencias de la Comunicación
Universidad CEU San Pablo**

Dante y las Humanidades

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña, 2025
© de la edición, Fundación Universitaria San Pablo CEU, 2025

CEU Ediciones
Julián Romea 18, 28003 Madrid
Teléfono: 91 514 05 73
Correo electrónico: ceuediciones@ceu.es
www.ceuediciones.es

Maquetación: Andrea Nieto Alonso (*CEU Ediciones*)

Depósito legal: M-9870-2025

*Estimadas autoridades académicas,
queridos compañeros,
queridos alumnos de la Universidad CEU San Pablo:*

Introducción: Virgilio y Dante, Roma y la Edad Media

Como es bien sabido, Virgilio fue elegido por Dante para ser su guía en el Infierno y el Purgatorio. Ernst Curtius lo ha expresado con bellas palabras: «La concepción de la *Divina Comedia* descansa en un encuentro espiritual de Dante con Virgilio»¹. Ahora bien, más allá del papel jugado por la *Eneida* como fuente de inspiración de la *Divina Comedia*, Virgilio era ya una figura referencial en la Cristiandad medieval, no sólo como poeta, sino como un ‘cuasi profeta’ de los gentiles, que es como lo definió San Agustín². El Medievo latino lo consideró una figura casi santa y su lugar de enterramiento cerca de Nápoles era venerado pues se pensaba que habría profetizado en unos versos de la Cuarta Égloga de sus *Bucólicas* el advenimiento del Mesías³.

¹ Ernst Robert Curtius, *Literatura Europea y Edad Media Latina* (México DF, 1976), vol. 2, p. 513.

² San Agustín de Hipona, *Epistolae ad Romanos inchoata expositio*, I, 3 y *De Civitate Dei*, X, 27.

³ Véase Pierre Courcelle, «Les exégèses chrétiennes de la Quatrième Églogue», *Revue des études latines*, 59 (1957), pp. 294-319; Stephen Benko, «Virgil's Fourth Eclogue in Christian Interpretation», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, Berlin, 1980, pp. 646-705; Guy Lobrichon, «Saint Virgile auxerrois et les avatars de la IV^e Églogue», *Lectures médiévales de Virgile*, Roma, 1985, pp. 375-393.

Estos versos latinos serán leídos y releídos por una Edad Media convencida de que el Niño nacido de una Virgen que iba a traer una Edad de Oro al mundo era Jesucristo y no el presumible destinatario, Octavio César Augusto. Las *Bucólicas* fueron escritas en torno al año 37 antes de Cristo, luego la coincidencia temporal, hay que admitirlo, resulta asombrosa y se comprende perfectamente que tanto los Padres de la Iglesia como los monjes medievales se maravillaran y vieran una profecía:

Ya llega la última edad cantada por la Sibila de Cumas;
Ya nace de lo profundo de los siglos un orden magno.
Ya vuelve la Virgen, vuelven los reinos saturnales;
Ya desciende de lo alto de los cielos una nueva progenie.
Favorece, casta Lucina, al Niño que nace ya, por el cual
primero terminará la Edad de Hierro y surgirá por todo el mundo
una Edad de Oro; pues Apolo, tu hermano, ya reina⁴.

Del mismo modo que Virgilio encarnó para la Cristiandad medieval esa figura simbólica mezcla de poeta y profeta, Dante es hoy en general para todos los europeos una indiscutible referencia cultural fundadora junto a Shakespeare, Cervantes o Goethe. Pero para los católicos en particular es también una figura que va mucho más allá de lo literario. Un siglo después de su muerte, alguien con la autoridad espiritual de San Bernardino de Siena, uno de los santos franciscanos referenciales de la Baja Edad Media, colocaba a Dante entre nada menos que San Jerónimo y San Gregorio Magno al enumerar los grandes maestros de la literatura cristiana⁵.

De hecho, Dante es el único laico no elevado a los altares al que se le han dedicado tres encíclicas papales (Benedicto XV en 1921, Pablo VI en 1965 y Francisco I en 2021). De hecho, el propio Benedicto XV proclamó en su carta encíclica del año 1921 que «las enseñanzas que nos dejó Dante en

⁴ IV Égloga, vv. 5-10: *Ultima Cumaevi venit iam carminis aetas; / magnus ab integro saeculorum nascitur ordo. / iam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna, / iam nova progenies caelo demittitur alto. / tu modo nascenti puero, quo ferrea primum / desinet ac toto surget gens aurea mundo, / casta fave Lucina; / tuus iam regnat Apollo.*

⁵ José Antonio Maravall, *Antiguos y Modernos*, Madrid, 1986, p. 229.

todas sus obras, pero especialmente en su triple poema» pueden ser «una guía muy valiosa para los hombres de nuestro tiempo», pues «al componer su poema, no tuvo otro propósito que sacar a los mortales del estado de miseria, es decir, de pecado, y conducirlos al estado de bienaventuranza, es decir, de gracia divina». No en vano, subraya el Pontífice, «¿quién podrá negar que nuestro Dante haya alimentado e intensificado la llama del ingenio y la virtud poética obteniendo inspiración de la fe católica, a tal punto que cantó en un poema casi divino los misterios sublimes de la religión?». En definitiva, la Encíclica *In praeclara summorum* se resume en esta frase lapidaria de Benedicto XV: «Dante Alighieri es nuestro»⁶. Idea que remachó Pablo VI en 1965, al conmemorar el 650 aniversario de Dante: «Si alguno quisiera preguntarse por qué la Iglesia católica, por deseo de su Cabeza visible, se preocupa de cultivar la memoria y celebrar la gloria del poeta florentino, fácil es nuestra respuesta: porque, por un derecho particular, Dante es nuestro (*Dantes Aligherius praecipuo iure noster est*)»⁷.

Dante è nostro. En efecto, Dante es patrimonio común de todos los europeos, pero lo es muy en particular de los católicos y de todos los que se sienten ‘hijos de Roma’. Por poner solo un ejemplo de su vigencia actual, uno de los más grandes filósofos católicos de nuestro tiempo, René Girard, ha sostenido que la *Divina Comedia* es «el poema más grande de todo el catolicismo», recalcando que «hay que volver a Dante si se quiere tener una idea de lo que un Papa debe encarnar»⁸.

Dante es, ciertamente, una voz cargada de una *auctoritas* singular a la que hay que escuchar en estos tiempos de confusión. Numerosos estudiosos de Dante, tales como Morghen, Nardi, Auerbach, Sarolli y Leonhard entre otros, han insistido en que el gran poeta aspiraba a ser un profeta. No en vano, Dante se proclamó *scriba Dei*, ‘escriba de Dios’, no en el sentido de vaticinar el futuro sino en el de alguien investido de una singular *auctoritas*, la del sabio que escribe poesía inspirado por la divinidad. Y no resulta exagerado decir que lo fue en cierto sentido, pues su *Commedia* no es un

⁶ Benedicto XV, *In preclara summorum* (30 Abril, 1921).

⁷ Pablo VI, *Altissimi cantus* (7 Diciembre, 1965).

⁸ René Girard, *Acabar a Clausewitz. Conversaciones con Benoît Chantre*, Madrid, 2023, p. 338.

mero texto literario, es un auténtico testamento espiritual. Como bien apunta Étienne Gilson, «Dante no fue un santo, pero fue un artista cristiano de una prodigiosa capacidad. Como cristiano y como artista, de forma conjunta e inseparable, en un único acto de creación y de salvación, Dante salvó con la *Divina Comedia* de una sola vez su obra y su alma»⁹.

Ahora bien, más allá de la dimensión espiritual de Dante, nos interesa muy en particular en esta lección un aspecto concreto de su figura: su condición de representante por excelencia del humanismo medieval, la forma original de eso que se denominaría posteriormente *humanismo cristiano*, esa síntesis singular de la *humanitas* del mundo clásico y los valores del Evangelio. El humanismo cristiano, sin duda, constituye la espina dorsal de la civilización occidental en general y de nuestras universidades católicas en particular. Y, a pesar de ello, es un gran desconocido. Desde el laicismo, pero también desde el integrismo católico (pues aquí los extremos se tocan), se ha llegado a decir que la propia expresión es un oxímoron, pues no puede haber ningún humanismo que sea cristiano, excluyéndose ambos términos. Esta es una visión singularmente miope. En realidad, tanto el estudioso de la historia comparada de las religiones como el de la historia de los derechos humanos sabe que el Cristianismo, religión radicalmente teocéntrica, introdujo en la cultura de la Europa pagana un sano antropocentrismo en el que la dignidad de toda persona humana como imagen de Dios (*imago Dei*) jugó un papel de importancia medular. El Cristianismo es tan teocéntrico como antropocéntrico, esta aparente paradoja es la piedra angular de nuestra tradición católica.

Aunque nuestra actual visión del humanismo cristiano debe muchísimo a figuras del Renacimiento como Santo Tomás Moro, Erasmo, Nicolás de Cusa o Juan Luis Vives, lo cierto es que su matriz es indiscutiblemente medieval. Tal y como han argumentado convincentemente autores como Sir Richard Southern o Étienne Gilson, entre los siglos XII y XIV en el Medievo latino nació eso que se ha dado en llamar ‘humanismo cristiano’.

⁹ Étienne Gilson, *Dante y la Filosofía*, Pamplona, 2011, p. 74.

una bella síntesis del legado espiritual de la Patrística cristiana y el legado filosófico de Sócrates, Platón, Aristóteles y los estoicos¹⁰.

En efecto, en aquel entonces la ética compasiva socrática y evangélica se fusionó con la filosofía especulativa, primero de Platón y luego de Aristóteles, en una nueva cosmovisión sin la cual el Renacimiento Italiano o la cultura contemporánea de los derechos humanos nunca hubiesen sido posibles. Expresado en una fórmula sencilla: las *humanidades* clásicas se fusionaron con el *humanitarismo* cristiano-socrático en un *humanismo*. Un humanismo consciente, con Plauto, de que el hombre es «un lobo para el hombre» (*homo homini lupus*), pero que aspiraba, con Séneca, a que el hombre fuese «sagrado para el hombre» (*homo homini sacra res*)¹¹.

Frente a la unanimidad *dionisiaca* de la turba de los perseguidores, de la horda de los violentos, el Evangelio proclama que la víctima indefensa es siempre inocente, que la masa linchadora o sacrificadora es la culpable. Esta es, según René Girard, la gran revolución ética del cristianismo: la revelación de la verdad definitiva sobre la violencia consiste en la revelación sobre la *inocencia* de las víctimas, algo que el mundo antiguo desconocía¹². Así nacía un nuevo humanismo de raíz profundamente religiosa que no solo moderó la violencia en el seno de aquellas civilizaciones donde se produjo una cierta aculturación cristiana, sino que, además, canalizó parte de sus energías sociales hacia el humanitarismo con los más débiles.

Lo que diferenciaba a este humanismo cristiano compasivo del Medioevo y el Renacimiento del posterior humanismo secular de la Ilustración del siglo XVIII era la aguda conciencia del pecado original (pesimismo

¹⁰ Véase Sir Richard Southern, *Scholastic Humanism and the Unification of Europe*, 2 vols., Oxford, 2001; y Étienne Gilson, *Las metamorfosis de la Ciudad de Dios*, Madrid, Rialp, 1965.

¹¹ Véase Francesco Viola, «Lo statuto giuridico della persona in prospettiva storica», *Studi in memoria di Italo Mancini*, ed. G. Pansini, Nápoles, 1999, pp. 621-641; Paul Veyne, «Humanitas: los romanos y los demás», *El Hombre romano*, ed. A. Giardina, Madrid, 1991, pp. 397-422; y Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña, *Compasión. Una historia*, Madrid, 2022.

¹² Domingo González Hernández, *René Girard, maestro cristiano de la sospecha*, Salamanca, 2016, p. 123.

antropológico bíblico vs optimismo antropológico ilustrado) y el papel fundamental de lo sobrenatural, de lo divino, en su cosmovisión. En ese sentido, estoy firmemente convencido de que la Ilustración, con su optimismo antropológico y su inmanentismo, supuso un retroceso con respecto a la tradición humanista del Medievo y el Renacimiento en la que lo espiritual y lo terrenal tenían ambos cabida.

Esta nueva cosmovisión humanista, surgida en el llamado *renacimiento del siglo XII*, no nació sólo en los claustros universitarios, también fue fruto de la sabiduría cobijada en los claustros de los monasterios benedictinos y los conventos de las Órdenes Mendicantes. Sin las escuelas de Chartres, París o Bolonia ciertamente no hubiese surgido nunca. Pero este humanismo también es fruto de la obra de un monje benedictino como San Anselmo de Canterbury, del inmenso legado espiritual de un San Francisco de Asís, o de los escritos de frailes mendicantes como Santo Tomás de Aquino, San Alberto Magno o San Buenaventura. Y, por supuesto, también es fruto de la obra de Dante Alighieri, una de las figuras, sino *la* figura, que mejor encarnó el humanismo medieval al tiempo que anunció el renacentista. En la feliz fórmula de Eugenio Garin, «no es casual que los santos del humanismo florentino hayan sido Sócrates y Dante»¹³.

Dante humanista

A pesar de su papel destacado en la batalla de Campaldino (11 de Junio de 1289), donde se cubrió de gloria, Dante nunca llegó a ser armado caballero. Esta carencia excluyó a Dante de la nobleza florentina, algo que en ese momento concreto de la historia le aportó más ventajas que inconvenientes, dadas las severas restricciones que el *Comune* de Florencia había impuesto a la participación en el gobierno de la ciudad por los aristócratas. Sin embargo, Dante llegó a obtener el tratamiento de *dominus*, en italiano *messere* ('micer'), un apelativo de honor reservado originalmente en el Medievo a los caballeros y sacerdotes, pero que a

¹³ Eugenio Garin, *Medioevo y Renacimiento. Estudios e investigaciones*, Madrid, 1981, p. 150.

partir del siglo XIII comenzó a otorgarse a los doctores en leyes y a los maestros regentes de las universidades.

A partir del siglo XIV se produciría en Italia una innovación revolucionaria en este sentido, la *incoronazione poetica* con la corona de laurel, que fue cuando comenzó a darse el tratamiento de *dominus* a los grandes artistas¹⁴. Esta ceremonia, que está vinculada con los orígenes del Renacimiento, llegaría de la mano del humanista Francesco Petrarca, un intelectual ajeno a la universidad que buscaba ser honrado sin tener títulos universitarios ni nobiliarios. Petrarca consiguió su objetivo de dignificar al artista como parte de una nueva élite social cuando obtuvo el mecenazgo del cultivado Rey de Nápoles, Roberto de Anjou¹⁵. Desde ese momento pintores como Giotto dejarían de ser artesanos y poetas como el propio Petrarca dejarían de ser trovadores. Serían en adelante *artistas*, palabra derivada de los maestros universitarios de Artes Liberales.

Por supuesto, Dante fue el pionero, el que hizo posible todo esto. Ahora bien, lo cierto es que, a pesar de que siempre es representado con la corona de laurel, Dante no llegó a ser coronado nunca ni vivió un momento de reconocimiento público similar a la espectacular coronación de Petrarca por el Senado de Roma en el Campidoglio en el año 1341¹⁶. Se puede afirmar que, si Petrarca fue honrado por su condición de poeta y Giotto por su condición de pintor, en Dante la honra social procedió más de su condición de sabio y político que de poeta, por mucho que la *Divina Comedia* fuera una obra admirada en toda Italia ya en vida de su autor.

En una época todavía dominada por una sabiduría escolástica y clerical, Dante era un intelectual laico, un seglar que escribía libros. En 1300 todavía eso suponía ser una rara avis en la Europa de las catedrales, aunque

¹⁴ Véase Nadia Cannata y Magdalena Signorini, «Per trionfar o Cesare o poeta: La corona d'alloro e le insegne del poeta moderno», *Dai pochi ai molti. Studi in onore di Roberto Antonelli*, ed. P. Canettieri y A. Punzi, Roma, 2014, pp. 439-473.

¹⁵ Véase Jacques Heers, *La Invención de la Edad Media*, Barcelona, 1995; y Samantha Kelly, *The New Solomon: Robert of Naples (1309–1343)*, Leiden, 2003.

¹⁶ Véase Ernest H. Wilkins, «The Coronation of Petrarch», *Speculum*, 18 (2) (1943), pp. 155-197.

en Italia era una figura más frecuente. El propio maestro de Dante, el filósofo y estadista Brunetto Latini, era un intelectual laico. Con todo, cabe aquí recordar que en el momento del nacimiento de Dante solo se estaba comenzando a romper la antigua dicotomía, procedente de los siglos ‘oscuros’ de la Alta Edad Media, entre el *laicus* y el *litteratus*, es decir entre el seglar y la capacidad de leer y escribir en latín. En el latín medieval *laicus* vino a significar analfabeto (al menos en lo tocante al latín), siendo el dominio de la lengua de Virgilio un monopolio del clero. No en vano, en algunas lenguas romances *laicus* generó la palabra *lego*, esto es, ‘ignorante’ (‘lego en la materia’)¹⁷.

De ahí que resultara impactante el hecho de que un laico como Dante enseñase y dogmatizase con *auctoritas* de filósofo, en ocasiones con autoridad cuasi profética. El Medievo estaba bastante más acostumbrado a reconocer la sabiduría en monarcas o en figuras de autoridad clericales como, por ejemplo, el monje benedictino Anselmo de Canterbury o el fraile dominico Tomás de Aquino, por revolucionarias que fueran sus ideas (que para su época lo fueron). Entiéndase bien, no es que no hubiese habido laicos con un papel destacado en la vida cultural de la Plena Edad Media. Pero en casi todos los casos eran laicos pertenecientes a un gran linaje principesco o aristocrático¹⁸.

A pesar de ello, Dante, un burgués sin beneficios eclesiásticos ni condición de caballero, alcanzó un reconocimiento social por su intensa actividad política (fue elegido uno de los seis Priors de Florencia y también actuó como consejero y embajador), pero también por su notoria condición de hombre sabio, de hecho, de auténtico polímata. Y es que, además de ser el poeta inmortal de la *Commedia*, fue autor de importantes obras filosóficas en lengua vernácula y en latín (el *Convivio* y la *Monarchia*).

¹⁷ Herbert Grundmann, «*Litteratus Illitteratus*: Der Wald einer Bildungsnorme von Altertum zum Mittelalter», *Archiv für Kulturgeschichte*, 40 (1958), pp. 2-4; véase Brian Stock, *The Implications of Literacy. Written Language and Models of Interpretation in the Eleventh and Twelfth centuries*, Princeton, 1983.

¹⁸ Véase Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña, *The Cultural Power of Medieval Monarchy: Political Ideology, Court Culture, and Patronage of Learning in the Royal Courts of Europe (1000-1300)*, Londres, 2023.

Esta actividad intelectual como filósofo es bastante conocida. Ahora bien, menos conocida es su actividad como universitario. Sobre ella merece la pena detenerse ahora. Lo primero que hay que considerar es qué educación tuvo Dante, siendo como era un laico, aunque perteneciente a la alta burguesía florentina. Para empezar, la Florencia de su época no era un centro cultural especialmente activo e incluso, comparada con otras ciudades italianas, algunos autores han hablado de cierto retraso cultural. La gran Florencia del Renacimiento, la Florencia de los humanistas, no empezaría a florecer hasta mediados del siglo xiv.

Con todo, es seguro que Dante estudió gramática latina, indispensable para la lectura de la Biblia Vulgata y de los poetas romanos clásicos, singularmente la *Eneida*, textos ambos que conocía profundamente. Ahora bien, todo apunta a que la erudición enciclopédica que encontramos en sus obras no se debió a su primera formación escolar en Florencia o a una fugaz y poco conocida estancia en la Universidad de Bolonia, sino que fue fruto de la devoción por el estudio que adquirió a los 25 años, tras un episodio que le marcaría para siempre: la muerte en el año 1291 de Beatrice Portinari, la divinizada Beatriz de la *Divina Comedia*.

El propio poeta da testimonio de este cambio vital que lo orientó hacia la búsqueda de la sabiduría. Según su relato, trastornado por la muerte de Beatrice, empezó a leer el *De Consolatione Philosophiae* de Boecio y el *De Amicitia* de Cicerón para encontrar consuelo, aunque le costó entenderlos porque en aquel entonces su bagaje intelectual se limitaba a la gramática latina. Deslumbrado por esos libros, quiso ahondar en la filosofía y empezó «a frecuentar los lugares en los que ella se mostraba verdaderamente, es decir, en las escuelas de los religiosos (es decir, en el Convento dominico de Santa María Novella y en el franciscano de Santa Croce) y en los debates de los filosofantes» (*Convivio*, II, XII, 7)¹⁹. De hecho, él mismo pronto se convirtió en uno de esos *filosofantes*, alguien que leyó tanto que casi perdió la vista debido a la fatiga de sus ojos. A partir de entonces y hasta su muerte su vida fue la de un buscador de la verdad, un amante de la sabiduría, un filósofo, en suma. Un filósofo

¹⁹ Alessandro Barbero, *Dante*, Barcelona, 2021, p. 92.

al que su poesía hizo inmortal, pero al que la definición de artista no hace justicia por limitada.

En algún momento posterior a esta ‘conversión’ a la vida filosófica, Dante comenzó su discipulado junto al gran *filosofante* de la Florencia de su tiempo: Brunetto Latini. Este sabio laico, que había sido embajador en París y en la corte castellana de Alfonso X el Sabio, los dos epicentros de la alta cultura europea de su tiempo, introdujo en Florencia la filosofía aristotélica y también una nueva forma de leer a Cicerón. Eso implicaba conectar la ‘filosofía natural’ (las ciencias naturales) y la ‘filosofía moral’ (la ética) de un modo desconocido hasta entonces en Florencia (y en buena parte de Europa). En efecto, siguiendo fielmente las doctrinas de Cicerón y del Estagirita, «Brunetto Latini, a través de la enseñanza del estilo y de la retórica, se planteaba una pedagogía moral y civil para las clases dirigentes de los *comuni*, como confirma el retrato que de él hizo Giovanni Villani al explicar que *Ser Brunetto* «fue el primero en instruir a lo florentinos y volverlos expertos en hablar bien y saber dirigir y gobernar nuestra república según la *Política* de Aristóteles»²⁰.

En este sentido, fuera debido al magisterio de Brunetto Latini o no, no cabe duda de que el Estagirita fue la principal referencia filosófica de Dante hasta su muerte, siendo el equivalente a lo que Virgilio representó para él en el ámbito de la poesía. Dante lo llamaba «mi maestro Aristóteles» y es precisamente su *Ética a Nicómaco*, que había traducido el propio Brunetto, el libro que «cita más y con mayor reverencia»²¹. Ahora bien, la compleja cuestión sobre qué tipo de aristotelismo profesó Dante la dejaremos para mejor ocasión²².

²⁰ A. Barbero, *Dante*, op. cit., p. 96.

²¹ A. Barbero, *Dante*, op. cit., p. 98.

²² Sobre Dante y Aristóteles, véase Andrea A. Robiglio, «Dante e le *Auctoritates Aristotelis*», *Les 'auctoritates Aristotelis', leur utilisation et leur influence chez les auteurs médiévaux*, ed. J. Hamesse et al., Turnhout, 2015, pp. 187-202; y Loris Sturlese, «Dante, la Filosofia e gli antichi», *Giornale critico della filosofia italiana*, 100 (2021), pp. 435-456.

Dante universitario

La formación de Dante junto a Brunetto Latini o su asistencia a las clases y debates en los conventos mendicantes florentinos de Santa Maria Novella y Santa Croce no agotaron el ansía de saber del poeta. Todo apunta a que volvió a encaminar sus pasos a Bolonia antes de comenzar su carrera política para asistir durante varios semestres a las clases del *Studium* de Artes (no a las de la celeberrima Escuela de leyes) que ofrecía una enseñanza filosófica que en la Italia de esa época solo allí y en Padua podía encontrarse.

Procede aquí explayarse algo sobre la importancia de la Universidad de Bolonia y el papel que venía jugando en la Europa de su tiempo desde hacía ya doscientos años. En primer lugar, conviene señalar la estrecha vinculación inicial de Bolonia, ciudad que en la Baja Edad Media terminaría siendo parte de los Estados Pontificios, con el Imperio. Si París fue en sus orígenes la universidad por excelencia del Papado, Bolonia fue la universidad del Sacro Imperio²³. No es casual, en este sentido, que los maestros de París fueran en su mayoría clérigos centrados en el estudio de la Filosofía y la Teología, mientras los boloñeses fueran en su inmensa mayoría juristas laicos expertos en Derecho romano²⁴. Quizá tampoco sea una casualidad que Dante, el más grande y más radical de los apologetas medievales del Imperio Romano universal, fuera primero estudiante en Bolonia y más tarde, como luego veremos, uno de sus maestros.

La grandeza de la Universidad de Bolonia como el principal de los centros de saber jurídico de la Europa medieval estuvo, en efecto, vinculada al Imperio. Los célebres ‘Cuatro Doctores’ de Bolonia, a los que se atribuye el momento fundacional del *Studium*, buscaron y obtuvieron la protección del hombre más poderoso de la Europa de su tiempo, el Emperador

²³ Walter Ullmann, *Medieval Foundations of Renaissance Humanism*, Ithaca, NY, 1977, p. 44; Josiah C. Russell, «Gratian, Irnerius, and the Early Schools of Bologna», *The Mississippi Quarterly* 12 (4) (1959), p. 180.

²⁴ Véase Ennio Cortese, «Alle origini della scuola de Bologna», *Rivista internazionale di diritto comune*, 14 (1993), 7-49; y Antonio Marongiu, «Le *privilegium scholasticum* de Frédéric Barberousse et son application», *Cahiers de Civilisation Médiévale* 15 (1972), pp. 295-301.

Federico I Barbarroja. De este modo, en el año 1155 se convirtieron *de iure* en la primera universidad del Medievo, pues, varias décadas antes de que lo consiguiera París, obtuvieron un documento fundacional que la institucionalizaba y otorgaba plena protección jurídica a sus profesores y estudiantes. Ese documento fundacional, redactado por los propios ‘Cuatro Doctores’, fue un privilegio imperial conocido como *Authentica Habita*, cuyo texto Federico Barbarroja, que se consideraba a sí mismo el heredero de los Césares, dispuso que fuera insertado en el Código de Justiniano como una adenda. En la tradición universitaria boloñesa este *privilegium scholasticum* del Emperador fue considerado una auténtica *lex sacra*, una ‘ley sagrada’²⁵.

Pero Barbarroja no prestó su apoyo de forma desinteresada. Aunque su mecenazgo cultural no fue ni mucho menos irrelevante, a diferencia de su erudito hijo (Enrique VI) y su brillante nieto (Federico II), su nombre no aparece entre los monarcas sabios del Medievo. Fue sobre todo un gran guerrero y estadista. Lo que buscaba de la Universidad de Bolonia no era el cultivo del saber, sino apoyo político e ideológico.

El Imperio había quedado desprovisto en el curso de la Querrela de las Investiduras de buena parte de su sacralidad. De hecho, la Reforma Gregoriana tenía como una de las prioridades de su agenda política la ‘desacralización’ de las monarquías medievales, algo que nunca consiguió del todo el Papado, pero que afectó sobre todo a un Sacro Imperio que hasta ese momento había guiado a la Cristiandad en pie de igualdad con el Pontífice. Medio siglo después de la derrota del Imperio frente al Papado en la Querrela de las Investiduras, el Emperador andaba a la búsqueda de una nueva ideología que justificara la pretensión imperial tanto a la hegemonía política en Europa (*summa potestas*) como a la superioridad moral y simbólica sobre los otros reyes (*sacra auctoritas*).

²⁵ W. Ullmann, *Medieval Foundations*, op. cit., p. 46; véase Heinz Koeppler, «Frederick Barbarossa and the Schools of Bologna. Some Remarks on the *Authentica Habita*», *The English Historical Review*, 54 (216) (1939), pp. 577-607.

Esta nueva ideología la encontró Barbarroja en el Derecho romano, que fue, junto a los trovadores, el principal campo de su mecenazgo cultural. De hecho, «había una lógica inevitable dentro del pensamiento imperial alemán e italiano del siglo XII que situaba al Derecho romano en el mismo centro de la *renovatio imperii*, la restauración de la grandeza del Imperio»²⁶. El Derecho romano se convirtió así en la principal arma política de Federico Barbarroja y sus sucesores de la dinastía Hohenstaufen. Como ha escrito el principal biógrafo del Emperador alemán, Peter Munz, «escuchando los debates académicos de los ‘Cuatro Doctores’ de Bolonia, Barbarroja se dio cuenta de que había posibilidades aún inimaginables en el renacido estudio del Derecho romano»²⁷.

Bolonia no le defraudó. En agradecimiento al mecenazgo del Emperador, los ‘Cuatro Doctores’ de Bolonia acudieron a la Dieta imperial de Roncaglia (1158) para actuar como jurisperitos imperiales, algo que ya hiciera en su día el maestro de todos ellos, Irnerio, el primer romanista de la Italia medieval, que actuó al final de su vida como juez imperial al servicio del Emperador Enrique V. En la Dieta de Roncaglia los ‘Cuatro Doctores’ actuaron de forma decisiva en apoyo de la pretensión del Emperador de recuperar los *iura imperialia* en sus dominios de Italia, unos derechos imperiales que las orgullosas y cuasi independientes ciudades italianas consideraban que ya habían prescrito hacía largo tiempo y que suponían cuantiosos ingresos por derechos de aduanas y explotación de minas y salinas. Para ello, como no podía ser de otro modo, los ‘Cuatro Doctores’ invocaron el Derecho romano, en concreto la legislación de Justiniano, que otorgaba poderes absolutos al Emperador en tanto que *lex animata* (ley viviente).

Tras la celebración de la Dieta imperial en la llanura de Roncaglia, un agradecido Emperador acompañó a los ‘Cuatro Doctores’ a Bolonia donde hizo una entrada triunfal en solemne procesión el día de Pentecostés,

²⁶ Robert L. Benson, «Political *Renovatio*: Two Models from Roman Antiquity», *Renaissance and Renewal in the Twelfth Century*, ed. R. L. Benson, G. Constable, y C. D. Lanham, Cambridge, Mass., 1982, p. 370.

²⁷ Peter Munz, *Frederick Barbarossa. A Study in Medieval Politics*, Londres, 1969, p. 77.

siendo aclamado con entusiasmo por profesores y estudiantes como el legítimo *Imperator Romanorum*, el sucesor de los Césares. Uno de los grandes especialistas en la historia del pensamiento político medieval, Walter Ullmann, ha señalado a este respecto que la visita a Bolonia de Barbarroja representó no solo la tardía revancha del Imperio por la Querrela de las Investiduras al contribuir a crear un centro de saber secular gobernado por juristas laicos, sino también la primera piedra del proceso histórico que conduciría siglos después al nacimiento del humanismo italiano, un fenómeno cultural indiscutiblemente cristiano, pero en el que el clero jugó un papel marginal²⁸.

Fue en esta universidad, marcada a fuego por un pasado romanista y pro-imperial, una universidad laica a pesar de la presencia en su seno de importantes centros de saber de los frailes mendicantes, donde Dante estudió y probablemente tuvo que pagar por asistir a clase. Aunque en algunos ámbitos universitarios medievales la enseñanza podía ser gratuita, era habitual que los estudiantes pagaran mediante las *collectae* a los profesores por sus clases. Si bien es cierto que en la Bolonia del 1300 también había maestros con un salario del *Comune* y que los frailes mendicantes no cobraban sus clases, el ‘comercio’ del saber que presencié no causó una buena impresión al poeta florentino.

El último biógrafo de Dante, el historiador italiano Alessandro Barbero, comenta así la experiencia del poeta como alumno universitario en Bolonia: «El dominio perfecto del método argumentativo escolástico que demuestra en el *Convivio* y las polémicas reiteradas contra los ‘literatos italianos’ que practican el saber por trabajo y los convierten en fuente de ingresos ‘como los legistas, médicos y casi todos los clérigos’ (*Convivio*, III, XI, 10), hace pensar en ulteriores experiencias universitarias. El desprecio por una cultura comprada y vendida parece remitir a la asistencia a clases universitarias de las que Dante no parece haber conservado un recuerdo demasiado positivo»²⁹. A este «feroz desprecio» que Dante pare-

²⁸ Walter Ullmann, *Medieval Political Theory of Political Thought: The Middle Ages*, Harmondsworth, 1965, pp. 117-18 y *Medieval Foundations*, op. cit., p. 38.

²⁹ A. Barbero, *Dante*, op. cit., pp. 99-100.

ce manifestar en el *Convivio* por los que venden su saber hay que añadir el sarcasmo del Canto XII (v. 83) del *Paradiso* hacia quienes querían hacer carrera estudiando Derecho canónico o Medicina: «los que al Ostiense siguen y a Tadeo», en lo que es una clara referencia al gran canonista Enrique de Susa y a Taddeo Alderotti, el maestro de medicina más importante del *Studium* boloñés³⁰.

Esta mala opinión de Dante sobre el ‘comercio’ del saber tiene mucho que ver con los debates sobre la dimensión social de la sabiduría que se habían vivido en el seno de la Cristiandad medieval desde el nacimiento de las universidades. Unos debates muy parecidos a los que se dieron en la Grecia clásica entre los sofistas, que cobraban por enseñar, y sus adversarios de las escuelas filosóficas de raigambre socrática. En el fondo de la cuestión late la eterna cuestión de si el intelectual debe ser un *homo faber*, un productor de conocimiento que debe ser retribuido, o un buscador de la verdad sin intereses materiales.

En no pocas universidades la enseñanza de algunas materias podía ser gratuita gracias a que el salario del profesor corría a cargo de las instituciones: de la Iglesia (a través de un beneficio eclesiástico o canonjía), del municipio (Bolonía), o de la monarquía fundadora del *Studium* (Nápoles, Salamanca). Que a la Iglesia de entonces le preocupaba la gratuidad de la enseñanza superior lo revelan los cánones del III y el IV Concilio de Letrán (1179 y 1215) en virtud de los cuales se establecía que debían proveerse en todas las diócesis una serie de beneficios para financiar maestros en las escuelas catedralicias, de modo que estos pudieran enseñar a los estudiantes pobres.

Por supuesto, la diferente manera de ganarse la vida de los profesores universitarios influía decisivamente en su autopercepción: podían verse a sí mismos como trabajadores asalariados (aquellos que dependían de las *collectae* de sus alumnos), como rentistas (aquellos que disfrutaban

³⁰ A. Barbero, *Dante*, op. cit., p. 203; véase Tommaso Duranti, «The Origins of the *Studium* of Medicine of Bologna», *CIAN. Revista de Historia de las Universidades*, 21 (1) (2018), pp. 121-149.

de un beneficio eclesiástico o un estipendio municipal o real), o como apóstoles (los mendicantes). Por extraño que pueda resultar a la mirada moderna, los que vivieron la enseñanza de un modo más parecido al de Sócrates o la Academia de Platón, que no cobraba matrícula, fueron los frailes mendicantes. No en vano, existía una tradición que se remontaba a la Antigüedad Tardía que asimilaba a los monjes, con su voto de pobreza, a ‘los verdaderos filósofos’ (*veri philosophi*).

Esta misma idea ha sido planteada, de un modo más crudo, por Jacques Le Goff con respecto a los intelectuales medievales en general: «Si el intelectual recibe un salario puede ser un comerciante (en el caso de que sus alumnos le paguen), o un funcionario (si es retribuido por el poder comunal o principesco) o una especie de criado (si vive de las generosidades de un mecenas)»³¹.

Resulta significativo en este sentido el hecho de que, frente al intelectual asalariado, beneficiado o mendicante de las antiguas universidades, las grandes figuras del Renacimiento Italiano, adversarios casi todos ellos de los escolásticos (literalmente, ‘los universitarios’), vivieron de lo que Le Goff denomina «las generosidades de un mecenas». Más allá de su innegable grandeza, fueron una suerte de intelectuales y artistas ‘domésticos’.

Volviendo a la Edad Media, conviene dedicarle unas líneas más al debate sobre la licitud del ‘comercio de la enseñanza’. La Cristiandad medieval sostenía que la sabiduría era un *donum Dei*, un ‘don de Dios’. Esto era particularmente cierto con respecto al más elevado de los saberes, la Teología. Una forma de conciliar los elevados ideales cristianos (el *gratis date* del Evangelio) con las necesidades prosaicas de la vida fue el distinguir entre el saber en sí mismo (los contenidos) y la actividad docente (la comunicación de esos contenidos). Con esta sutil distinción entre el ilícito cobro por el saber y el lícito cobro por la labor docente, la Universidad medieval dio un paso que la cultura griega no había dado, al encontrar

³¹ Jacques Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona, 2001, p. 96.

un justo medio entre las posturas enfrentadas de sofistas y socráticos³². De este modo, tal y como apunta certeramente Étienne Gilson, el intelectual medieval pudo conciliar su condición de artesano y mercader de los saberes con la de genuino *philosophus*, amante de la sabiduría³³.

Todo apunta a que, en sus años de exilio, durante su tercera estancia en Bolonia (circa 1305-1306), Dante fue uno de esos profesores universitarios. Con la perspectiva que nos puede brindar estudiar su interesante a la par que misteriosa trayectoria como *magister artium* concluiremos esta lección.

Parece que Dante, decepcionado para entonces con la causa de los güelfos blancos, quiso reinventarse en Bolonia, la ciudad universitaria por excelencia al sur de los Alpes, como profesor, retórico y filósofo. La principal fuente que atestigüa la experiencia como profesor universitario de Dante en Bolonia es su propio hijo, Piero, él mismo estudiante boloñés. En una canción en la que Piero representa a una de las Artes Liberales, la Astronomía, esta define a Dante como ‘mi maestro, que leyó (dictó clases) en Bolonia’. También el historiador florentino Giovanni Villani afirma que Dante, expulsado de Florencia, «partió al *Studio* de Bolonia» y se ha interpretado esta afirmación en el sentido de que el poeta fue allí a obtener el título de *magister artium* y ejercer como tal³⁴. Un título, el de *magister*, por cierto, que algún contemporáneo le atribuyó hacia el final de su vida, pues en el proceso aviñonés abierto contra él se le denomina así y también se lo otorga el profesor de la Universidad de Bolonia Giovanni del Virgilio (*Egl.*, I, 51)³⁵.

³² Gaines Post, Richard Kay, Kimon Giocarinis, «The Medieval Heritage of a Humanistic Ideal: *Scientia donum dei est, unde vendi non potest*», *Traditio*, 11 (1955), pp. 201 y 223.

³³ Étienne Gilson, *La Filosofía en la Edad Media*, Madrid, 1965, p. 272.

³⁴ A. Barbero, *Dante*, op. cit., p. 202.

³⁵ A. Barbero, *Dante*, op. cit., p. 326, n. 7. Sin embargo, Boccaccio (*Esposizioni*, p. 8) lo excluye: Dante murió «sin haber conseguido ningún título ni honor de *magister*, ya que él quería ser laureado en su ciudad».

Aunque algunos especialistas actuales cuestionan que Dante pudiera haberse convertido en profesor *de iure* de la Universidad de Bolonia (lo cual no significa que no impartiera clases privadas), en cualquier caso, me parece dudoso que alguien de su ya por entonces considerable prestigio y de su edad (cuarenta años) hubiese acudido a Bolonia para estudiar por tercera vez, casi veinte años después de su primera estancia como estudiante. Sin embargo, a mi juicio, eso supone subestimar su ansia de saber y lo precario de la situación de necesidad económica en la que se encontraba entonces el gran poeta, que iba de corte en corte mendigando a los príncipes una pensión.

Sea como fuere, en cuanto al hecho de que impartiera clases de Astronomía como *magister artium* esto resulta revelador tanto de la universalidad de los saberes de Dante como del papel fundamental que esta antigua disciplina jugaba en el orden medieval del conocimiento académico. La Astronomía era una de las Siete Artes Liberales que todo universitario medieval debía dominar para graduarse y se suponía que un *magister artium* debía poder enseñar sus rudimentos. En realidad, con el entonces tan venerado Aristóteles en la mano, la Astronomía, al igual que el resto de la llamada *filosofía natural* no podía no considerarse parte importante del bagaje de conocimientos del filósofo³⁶.

De hecho, la obra de Dante está plagada de referencias astronómicas y astrológicas (en esa época ambas materias resultaban casi indistinguibles) que demuestran de forma fehaciente un conocimiento técnico muy aquilatado de estas materias por parte del poeta³⁷. De este modo, en una de sus obras filosóficas, el *Convivio* (II, 14), Dante aborda en extenso la materia astronómica con relación al resto de las ciencias del *Quadrivium*. Tanto es así que un especialista ha llegado a sugerir que «la alegoría fantástica en la que Dante correlaciona los cielos con las ciencias en el *Convivio* parece diseñada en parte para mostrar su conocimiento técnico de la materia»³⁸.

³⁶ Aunque no es necesario remitirse sólo a Aristóteles. Ya en San Agustín el estudio por los sabios cristianos de la astronomía había quedado legitimado. Véase, en esta dirección, Albert E. Wingell, «Dante, St. Augustine and Astronomy», *Quaderni d'Italianistica*, 2 (2) (1981), pp. 123-142.

³⁷ Véase Alejandro Ganguí, *Poética astronómica. El cosmos de Dante Alighieri*, Buenos Aires, 2008; y «Dante, astrología y astronomía», *Ciencia hoy*, 18 (104) (2008), 28-35.

³⁸ A. E. Wingell, *Dante, St. Augustine*, art. cit., p. 124.

En efecto, en el *Convivio* Dante demuestra un sólido conocimiento del *De caelo et mundo* de Aristóteles, así como del *Almagesto* de Claudio Ptolomeo y los *Elementa astronomica* de Alfraganus (Abul'l-Abbas al-Farghani)³⁹. Estos últimos tratados Dante los conoció gracias a sendas traducciones del árabe al latín de Gerardo de Cremona (m. 1187), un clérigo italiano que trabajó en la 'Escuela de Traductores de Toledo' bajo el mecenazgo del Arzobispo toledano Raimundo de Sauvetat⁴⁰. Al igual que sucedió en el caso de las enseñanzas aristotélicas de su maestro Brunetto Latini, embajador en la Sevilla alfonsí, el conocimiento astronómico de Dante dependió del legado intelectual de la Toledo de las tres culturas.

Tomando como referencia las obras de Ptolomeo y Alfraganus, Dante, por ejemplo, discute con solvencia en el *Convivio* (libros II y IV) cuestiones astronómicas tales como la precesión de los equinoccios, las órbitas planetarias, los eclipses, el número total de estrellas (fijado en 1022), el diámetro de la Tierra y el del Sol (fijado en cinco veces y media el de la Tierra), las manchas de la Luna o la teoría geocéntrica⁴¹.

A la vista de esto, el mejor conocedor de los estudios astronómicos de Dante, Edward Moore, concluye: «Da igual la dirección en la que exploremos la profundidad de los notables conocimientos del poeta florentino, siempre extraemos la misma impresión: su cultura científica era tan profunda como variada y extensa. En los campos de la literatura clásica, la teología, la filosofía escolástica, la metafísica, la moral y las ciencias naturales, Dante no tenía nada que envidiar a los especialistas de su época en cada una de esas materias. Y esto nos debería ayudar a comprender por qué a menudo Dante parece un autor difícil de entender. Dante puede ser un autor difícil, pero nunca es oscuro. En otras palabras, la dificultad de Dante estriba en las complejas materias que aborda y no en su estilo.

³⁹ Edward Moore, «The Astronomy of Dante», *Studies in Dante*, Oxford, 1903, pp. 2-3.

⁴⁰ Véase Nicola Polloni, «Aristotle in Toledo: Gundissalinus, the Arabs and Gerard of Cremona's Translations», *Ex Oriente Lux. Translating Words, Scripts and Styles in Medieval Mediterranean Society*, ed. Ch. Burnett y P. Mantas, Londres y Córdoba, 2016, pp. 147-186.

⁴¹ Moore, *The Astronomy*, art. cit., pp. 27, 45-49 y 90.

Pues pocos autores han tenido nunca las ideas tan claras sobre cualquiera de las muchas materias que abordó»⁴².

Pero Dante no se limitó a enseñar y estudiar Astronomía durante su tercera estancia en Bolonia. También escribió allí dos de sus obras filosóficas más importantes, el *De vulgari eloquentia* y el *Convivio* (esta última comenzada en Verona). Dada la intención pedagógico-política de ambas obras, es probable que tuviera en mente una audiencia universitaria como la que solo Bolonia le podía proporcionar. Como ha señalado su más reciente editor, Mirko Tavoni, los indicios no solo nos permiten afirmar que «el *De vulgari eloquentia* fue escrito en Bolonia, sino que fue escrito para Bolonia»⁴³. En este sentido, la invocación reiterada en el *De vulgari eloquentia* de la figura del profesor boloñés Cino da Pistoia, eminente jurista y poeta a quien Dante proclama *amicus*, quizá fuera un guiño dirigido a esa audiencia universitaria, a cuyo claustro o bien quería incorporarse o se acababa de incorporar⁴⁴. Por otra parte, se ha apuntado que un repertorio de materiales, sobre todo de numerosas obras de Aristóteles, tan amplio como el que utilizó Dante en su redacción solo podría haberlo encontrado en las bibliotecas boloñesas⁴⁵.

Sea como fuere, en Febrero de 1306 los güelfos negros tomaron el poder en Bolonia y Dante se vio obligado a abandonar la ciudad en la que tantas esperanzas había depositado de iniciar una nueva vida, pues un alguacil nombrado por el *Comune* boloñés recibió el encargo de dar caza y «exterminar a todos los gibelinos y güelfos blancos» que pudiera encontrar: *exterminium atque mortem perpetuam ghibellinorum atque blancorum*⁴⁶. Dante, temiendo por su vida, se dio a la fuga y halló refugio entonces en las fortalezas de algunos grandes aristócratas en las montañas de los Apeninos.

⁴² Moore, *The Astronomy*, art. cit., p. 106.

⁴³ Mirko Tavoni, Introducción, *Dante: De vulgari eloquentia*, Milán, 2011, p. 1115.

⁴⁴ M. Tavoni, *Dante: De vulgari eloquentia*, op. cit., pp. 1095 y 1116; A. Barbero, *Dante*, op. cit., p. 201.

⁴⁵ A. Barbero, *Dante*, op. cit., p. 201. Aunque hay quien sugiere que estos libros quizá pudiera haberlos hallado en la Biblioteca Capitolare de Verona, muy bien surtida.

⁴⁶ M. Tavoni, *Dante: De vulgari eloquentia*, op. cit., p. 1116.

Ahora bien, la etapa universitaria de Dante no concluyó aquí. Aún quedaba un último y misterioso episodio. Su posible viaje a la ciudad que se consideraba la Atenas del Medioevo: París, cuya universidad era aún más prestigiosa si cabe que la de Bolonia. Lo cierto es que tanto Villani como Boccaccio, dos de las principales fuentes del siglo XIV para la vida de Dante, afirman que el poeta florentino viajó a París tras su estancia en Bolonia. En concreto, el pasaje de Boccaccio en su *Breve tratado en alabanza de Dante* resulta concluyente: «Dante fue a París, donde se entregó por completo al estudio de la filosofía y de la teología»⁴⁷.

En otro pasaje, Boccaccio nos da más detalles y ya no parece que Dante partiera a París en calidad de mero estudiante o buscador del saber: «Cerca de la vejez partió a París, donde, con tanta gloria, con su dialéctica, mostró la altura de su ingenio, que aún hoy, cuando se cuenta, hace maravillar a quien escucha»⁴⁸. Este «mostrar la altura de su ingenio» en París al que alude Boccaccio tiene que ver con uno de los episodios más bellos y singulares de la vida de Dante, uno que acaso epitomiza mejor que ningún otro su condición de intelectual universitario, tapada por la grandeza sin igual de su actividad como poeta.

En efecto, Boccaccio narra que «mientras asistía en París a un debate de *quodlibet* que se celebraba en las escuelas de teología, recitó catorce cuestiones de diferentes hombres sobre diferentes materias, con los argumentos en pro y en contra de los oponentes, reunidas sin fallo y en el orden en que habían sido planteadas. En el mismo orden resolvió con sutileza estas mismas cuestiones y respondió a los argumentos contrarios. Tal cosa les pareció a todos poco menos que un milagro». Como apunta Alessandro Barbero comentando este pasaje, «sin duda, era una proeza comparable a la del gran maestro de ajedrez capaz de jugar y ganar una docena de partidas simultáneas»⁴⁹.

⁴⁷ Barbero, *Dante*, op. cit., p. 221.

⁴⁸ Barbero, *Dante*, op. cit., p. 221.

⁴⁹ Barbero, *Dante*, op. cit., p. 222.

En definitiva, Dante participó, exhibiendo una gran maestría dialéctica, en una de las actividades que mejor caracterizaban la universidad medieval, los debates *quodlibetales*. De hecho, se podría decir que la esencia de la universidad original, hoy casi perdida en nuestras aulas, consistía en el debate, el continuo ejercicio de la retórica y la dialéctica. Un desafío que obligaba al estudiante universitario de aquel entonces a medirse cara a cara en un debate público con sus maestros y que afilaba no sólo su capacidad oratoria, sino también su espíritu crítico. De creer a Boccaccio, Dante superó esa prueba suprema con gran éxito y ello tuvo lugar nada más y nada menos que en el seno de la principal universidad de la Cristiandad. Resulta difícil encontrar un episodio biográfico de sabor más genuinamente universitario que este en la vida de artista alguno del Medioevo o el Renacimiento. Nos confirma, ciertamente, que Dante fue, además de un genial poeta, un universitario de los pies a la cabeza.

Se aducen dos motivos para su marcha de París y su regreso a Italia: por un lado, la expedición italiana del Emperador Enrique VII, que, según Boccaccio, «le insufló nuevas esperanzas y lo convenció de regresar». Por el otro, las inevitables dificultades económicas, pues allí no parece que encontrara ni mecenazgo ni un estipendio como profesor⁵⁰.

Fuera por la renovada ilusión por la política que despertó en el exiliado florentino el tan anhelado *adventus imperatoris*, fuera por la imposibilidad de mantenerse decentemente en París, lo cierto es que el retorno de Dante a Italia marcará una nueva etapa en la vida del poeta, una etapa marcada a fuego por Roma y el *Imperium* y ya no por Atenas y el *Studium*. El Dante político y filósofo, el Dante de la política comunal italiana y la universidad, cedería ahora el paso al Dante gibelino, profeta del retorno de los Césares, defensor a ultranza de la romanidad y apologeta de la restauración de un Imperio Romano universal⁵¹. A través de un humanista italiano admirador de Dante, el Gran Canciller Mercurino Arborio de Gattinara, estas ideas

⁵⁰ Barbero, *Dante*, op. cit., p. 221.

⁵¹ Véase Charles T. Davis, «Dante and the Empire», *The Cambridge Companion to Dante*, ed. R. Jacoff, Cambridge, 1993, pp. 257-269.

influirán en el pensamiento político de nuestro Carlos V⁵². En este sentido, la monarquía universal del César Carlos puede ser descrita con propiedad como el cumplimiento en la Edad Moderna del sueño imperial de Dante⁵³. Pero esa es otra historia. Y conviene dejarla para mejor ocasión.

Me gustaría terminar esta lección con unos bellos versos del canto XIX del *Purgatorio*, donde Dante, de forma alegórica, desarrolla una temática que había leído en las *Confesiones* de San Agustín: la distinción entre la ciencia humana y la verdadera sabiduría, donde una anciana representa la ciencia y un ángel la sabiduría:

En la hora en que ya el calor del día,
mermado por la Tierra y por Saturno,
templar no puede el frío de la Luna;
Cuando los geomantes en Oriente,
ven la Mayor Fortuna, antes del alba,
surgir por donde cesa la penumbra -
me apareció en el sueño una mujer
tuerta, zamba, tullida, tartamuda,
demacrada y de piel muy blanquecina (...)
«Yo soy – cantaba -, una dulce sirena
que en alta mar encanto a los marinos,
¡tal es el gozo que escucharme causa!» (...)
Virgilio agarró a la mujer y, desgarrándole
todo el vestido, me mostró su vientre:
me despertó el hedor del que él salía (...)

⁵² Véase Franz Bosbach, «Humanisten und die *Monarchia Universalis*. Politisches Denken und politisches Handeln in der Zeit Karls V», *Res Publica Litterarum*, 9 (1986), pp. 37-47; y Giuseppe Galasso, «Lettura dantesca e lettura umanistica nell'idea di impero del Gattinara», *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa*, ed. J. Martínez Millán et al., Madrid, 2001, vol. 1, pp. 93-114.

⁵³ Véase Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña, «Discípulos de Dante: Humanismo e Imperio en el pensamiento de Carlos V y del Gran Canciller Gattinara», *Tiempos de reforma: Pensamiento y religión en la época de Carlos V*, ed. E. Callado, Madrid, 2022, pp. 77-108.

Después oí: «Venid, aquí está el paso»,
dicho con voz tan dulce y benigna,
que en la tierra mortal nunca se escucha.
Con las alas abiertas, parecidas
a las de un cisne, nos mostró el que hablaba
un hueco en las paredes de la roca.
Después movió las alas, aventándonos,
y, bienaventurados, afirmó: *Qui lugent*,
porque en sus almas reinará el consuelo⁵⁴.

Esta frase en latín, *qui lugent*, pertenece al Evangelio y significa «quienes lloran», en una clara alusión a las Bienaventuranzas (Mt 5:4-8): «Bienaventurados quienes lloran porque ellos serán consolados». Frente a los cantos de sirena de la anciana fétida, el ángel de la sabiduría divina sólo pronuncia esta escueta frase, ¡pero qué frase! Dante, que, no lo olvidemos, escribió la *Divina Comedia* durante un amargo exilio en el que saboreó la hiel de la pobreza y la humillación, sabía bien que la auténtica sabiduría cristiana es una escuela de sufrimiento. Terminó implorando el consuelo del Misericordioso para quienes en este claustro estén sufriendo por cualquier causa. He dicho.

⁵⁴ *Purgatorio*, XIX, vv. 1-60, ed. M. Micó, *Comedia*, Barcelona, 2018, pp. 437-439; A. E. Wiggell, *Dante, St. Augustine*, art. cit., pp. 136-137.

